

El órgano sexual de la capa V de la corteza cerebral

Enrique Saldaña

Universidad de Salamanca (España)

Entre las maravillas técnicas que transformaron el mundo durante los años ochenta, probablemente ninguna cambió nuestra vida cotidiana tanto como los ordenadores personales. Si durante décadas el dominio de las teclas había sido patrimonio casi exclusivo de secretarías y mecanógrafas, de la noche a la mañana una variopinta legión de profesionales se vio en la obligación de familiarizarse con el teclado.

Cuando llegó el primer ordenador a mi laboratorio, comencé a dar forma con él a mi tesis doctoral. Al principio escribía sólo con los dedos índices y mirando al teclado. Con veinte sesiones de adiestramiento en una academia de mecanografía, conseguí pulsar cada tecla con su dedo y sin mirar al teclado, e incluso ganar cierta velocidad, pero no adquirí seguridad. A causa de ello, por mis textos de entonces merodeaban las equivocaciones y los pequeños errores tipográficos, a los que algunos, con cierta benevolencia, han terminado llamando errores por falta de puntería.

Logré terminar mi tesis y llegó el momento de defenderla en público. Tras resumir oralmente el trabajo, pasé a debatirlo con los miembros del tribunal. Y entre sus montones de preguntas pertinentes y sesudas, hubo una que me desconcertó. Un profesor que me había dado clase años atrás y al que siempre había tenido por científico serio y por persona respetable y respetada, con voz sosegada me lanzó:

—¿Podría aclararnos cuál es el órgano sexual de la capa V de la corteza cerebral?

Supongo que no pude ocultar mi cara de sorpresa y, como si no creyera lo que había oído, le contesté:

—Perdóneme, pero no entiendo lo que quiere decir.

Y él, sin inmutarse, perseveró:

—Sí, me gustaría que nos explicara lo que conoce sobre el órgano sexual de la capa V de la corteza cerebral auditiva.

No supe qué decir o hacer. Mi tesis trataba de las proyecciones del tubérculo cuadrigémino posterior, el principal núcleo auditivo del mesencéfalo, pero apenas guardaba relación la corteza cerebral. Quería pensar que se trataba de un malentendido, mas algo en la serenidad y la obstinación del profesor me indicaba que no. Y, sumido en la perplejidad, sólo acerté a decir:

—Lo siento, no sé a que se refiere.

—Haga usted al favor de abrir la memoria de su tesis por la página 24. ¿Le importaría leer en voz alta el segundo párrafo?

La página en cuestión pertenecía al capítulo de «Introducción» y describía cada una de las capas de neuronas de las áreas corticales auditivas. Sin plantearme siquiera la posibilidad de desobedecer, empecé a leer en alto:

—La capa V es la más gruesa de toda la corteza, y con sus 270 μm ...

Me quedé callado de golpe. Y el profesor insistió.

—Siga, siga usted. Lea la frase completa.

—La capa V es la más gruesa de toda la corteza, y con sus 270 μm *supene* el 22% del espesor total.

Aún me ruborizo al recordar el sonrojo que la exposición pública de aquel error tipográfico me produjo. No obstante, mi vergüenza se mitiga cuando admito que aquel bochorno me dejó una secuela bondadosa: desde entonces procuro ser más indulgente con la falta de puntería.

